

Seção Memória

Entrevista con Enrique de la Garza

Entrevista concedida a José Ricardo Ramalho, Marcela Hernández, Consuelo Iranzo, Cecilia Senén y Juan Carlos Célis

José Ricardo Ramalho: Enrique, puedes comentar un poco sobre tu biografía, formación profesional, las motivaciones para estudiar el trabajo.

Enrique de la Garza: Algo que me marcó desde mi adolescencia, es que vengo de una familia muy politizada. La plática principal en la familia era la política. Mi padre siempre estaba hablando de política. Su posición era la de una suerte de socialismo moderado. Cuando inicié la preparatoria y más tarde cuando ingresé en la universidad, me fui interesando y dirigiendo hacia el marxismo. Me volví muy marxista, pero, en esos años no asimilé la mejor forma del marxismo, que en aquel entonces era en buena medida la versión Stalinista. Tiempo después, cuando decidí hacer un re-cambio en mi vida profesional (intelectual) e ingresé a Sociología, mi concepción del marxismo cambió de forma radical. Me volví un crítico de la corriente de la URSS, por su estructuralismo, aunque continué siendo marxista y hasta la fecha me defino como marxista. Me he inspirado en la obra de Marx y del Marxismo Occidental, es decir, la línea que no es homogénea, que viene de Marx a Gramsci, la escuela de Frankfurt, Edward Thompson. A todos estos autores los conocí tardíamente con respecto de mi inicio como Marxista al estilo de la URSS. La línea del marxismo occidental me ha servido de inspiración para pensar que hay que estar en un diálogo crítico con otras teorías, que no son Mar-

xistas, y en esa medida me he dedicado por largo tiempo, no sólo a las cuestiones laborales, sino al estudio de las Teorías Sociales y también de la metodología y la epistemología.

Estudié licenciatura en Ingeniería Química, después me cambié a Sociología. Pero terminé completamente Ingeniería Química, porque siempre me gustaron las matemáticas y la formalización de la ingeniería. No lo hago en Sociología porque no creo que sea la modelación matemática el camino para conocer mejor los fenómenos sociales, aunque no puedo negar que algo del rigor lógico permanece en mí.

Cuando inicié como Marxista, me tocó vivir una época muy turbulenta, la del movimiento estudiantil de los años setenta, que se conjugó con el movimiento obrero, campesino, de los migrantes que llegaban a la ciudades y que luchaban por un pedazo de tierra urbana, es decir, México vivía en esos momentos una enorme turbulencia. En el inicio de esta movilización el movimiento obrero no era el que iba a la cabeza, por tantos decenios de corporativismo y de control del Estado sobre los sindicatos; a la cabeza iba el movimiento estudiantil, es decir, el movimiento estudiantil era la punta de lanza de muchos otros movimientos y creo que eso le daba a los estudiantes una función que normalmente no han tenido, pero también cierta soberbia, soberbia de que ellos podían ir a la cabeza de grandes cambios. En estos años tuve una participación muy intensa en el movimiento estudiantil en una época donde las represiones eran muy frecuentes

Marcela Hernández: ¿El movimiento estudiantil en el Estado Nuevo León?

Enrique de la Garza: Mi participación fue inicialmente en Monterrey. La licenciatura en Ingeniería Química la realicé en Monterrey, luego me fui a seguir estudiando en la UNAM, en el Distrito Federal, luego en El Colegio de México y continué con el activismo. Sí uno ve la ciudad de Monterrey tan controlada por los empresarios, en todos los aspectos de la vida, en la Universidad, la política, la cultura y los estudiantes que no se mueven, en aquel momento no era así. A pesar de la fortaleza del empresariado y de gobiernos y sindicatos muy afines a estos, los estudiantes se levantaron. El hecho es que se combinaron con el movimiento obrero, con el movimiento campesino, con el movimiento de colonias populares y muchas veces fueron la cabeza de esta movilización. Las luchas se sucedían tras la otra y este movimiento se fue radicalizando cada vez más y los ejemplos de la guerrilla de América del Sur o de Centro América, el ejemplo Cubano, eran muy importantes de lo que podía hacer la revolu-

ción en América Latina. Los golpes militares en América del Sur servían para reafirmar en algunos estudiantes que no habría posibilidades de cambios en nuestra región por la vía pacífica electoral y llegaron a la conclusión de que el camino era el de la lucha armada. Yo era parte de ese segmento radical, sí, lo reconozco, no llegué a irme a la guerrilla pero estuve cerca, muy cerca de irme. Formaba parte de un grupo que funcionaba clandestinamente – esto no se lo he contado a nadie – y que se preparó también en términos armados, que estuvo a punto de irse, pero no se fue porque retrasó la decisión y la ola de las grandes movilizaciones ya iba de bajada, y los grupos clandestinos habían sido reprimidos. También jugaron las discrepancias con los otros grupos, que eran muy militaristas, todo lo querían resolver secuestrando, asaltando bancos o eliminando a personajes políticos o empresarios. Y también porque todavía se conservaba la idea de penetrar en los sindicatos, organizaciones campesinas o de colonias populares en lugar de la violencia física. En ese camino yo fui secuestrado a la manera de las dictaduras militares – que eso también sucedió en México –, es decir, no simplemente caí en la cárcel, sino que había cárceles clandestinas, había toda una tecnología aprendida de los sudamericanos, de Brasil, en donde había escuela de tormento apoyada por la CIA. Así me tuvieron un buen tiempo, desaparecido, es decir, no simplemente aprehendido sino desaparecido y me dieron con toda la tecnología. Finalmente el propio movimiento presionó para que saliera...

Marcela: ¿El movimiento estudiantil?

Enrique: El movimiento estudiantil principalmente. Manifestaciones en varios lados del país, manifiestos, declaraciones y demás. Realmente yo no estaba en la guerrilla, si hubiera estado realmente a lo mejor no hubiera salido; entonces, creo que eso lo entendieron los secuestradores. Cuando salí, me sometieron a una vigilancia muy estrecha todo el tiempo, es decir, siempre frente a mi casa había un automóvil civil, que en esa época usaban una antena de transmisión que los identificaba. No había teléfono celular. Eran muy reconocibles estos autos y lo que significaban, era como una especie de policía política, a donde quiera que me moviera allí iban. La situación era muy tensionante, porque otros compañeros a quienes les pasaba lo mismo, de repente los volvían a aprehender, volvían a desaparecerlos y algunos ya no aparecieron nunca. En ese momento salió una convocatoria para estudiar doctorado en Sociología en el Colegio de México en la Capital. Me presenté inicialmente por dos motivos; uno, para aprender más porqué nos estaba yendo tan mal en la lucha política y, la otra, para escapar de la persecución tan estrecha. ¿Por

qué para escapar? Porque el Colegio en ese momento era con mayúscula "EL COLEGIO" en México, que quería decir: el centro máximo en ciencias sociales. El desarrollo académico y de investigación era muy incipiente en otras universidades. Para empezar no había en otro lado el doctorado en Sociología, y El Colegio tenía toda una estructura tipo americana que contrastaba con la estructura vieja de facultades e institutos. Era departamental, donde casi todos los profesores eran de tiempo completo, no eran del que iban a dar su clase y se iban, es decir, era el centro de máxima excelencia, también ante el propio gobierno. Entonces me dije, voy a intentar entrar para ver si una Institución tan respetable, tan reconocida, me sirve de protección, y efectivamente me sirvió. No sé realmente por qué fui admitido. Porque venía de la ingeniería, no tenía ningún antecedente en Ciencias Sociales. Les juro que nunca había oído el nombre de Max Weber. Lo que yo había leído era el Marxismo, "El Capital", "La ideología Alemana", "La Miseria de la Filosofía", etc., pero de otras corrientes de sociología no sabía nada absolutamente. El caso es que fui admitido, nunca entendí muy bien por qué. Alguien me dijo que lo tomaron como un experimento de "haber que pasaba", admitiendo a alguien que venía de otro campo y que estaba formado en otra perspectiva. No sé si también influyó un personaje, eso no lo sé, que era el director del Centro de Estudios Sociológicos, el famoso antropólogo dependentista Rodolfo Stavenhagen, que era un Humanista, un demócrata, un tipo muy reconocido, no sé si él sabía más de lo que aparentaba.

El caso es que fui admitido y, digamos, mi tendencia obrerista que en Monterrey era hacia la práctica durante el periodo estudiantil de vincularme con los obreros y los sindicatos, a través de este doctorado se volvió en mí una orientación más teorizada. En ese lugar hubo oportunidad de criticar a ese Marxismo stalinista sin abandonar el Marxismo, sino yendo hacia Gramsci, la Escuela de Frankfurt, y otras corrientes occidentales; aunque no se anuló mi orientación pro obrera. En ese camino iniciamos la crítica teórica de cómo se hacían Estudios Laborales en México en términos académicos. La mayoría de ellos no emprendían estudios de fábricas, de empresas, en absoluto; no hacían estudios de proceso de trabajo. En su horizonte teórico no estaba que la forma de trabajar era importante, sino lo importante era estudiar al movimiento obrero en confrontación con el Estado, sin una referencia a cómo se trabajaba. Era una perspectiva muy limitada, que seguía la idea muy simplista de que las condiciones objetivas estaban dadas, que los obreros ya eran obreros, y por esa condición ya estaban explotados. Cómo trabajaban no importa-

ba, ya eran explotados, aunque dotados de una falsa conciencia. En una perspectiva Leninista, la conciencia de clase había que llevarla desde afuera, desde los intelectuales. Detrás de muchos académicos estaba también esa perspectiva, es decir, a estos trabajadores lo que les hacía falta era conciencia de clase, no sus condiciones de trabajo. Esas ya estaban dadas en lo fundamental, unos ganan más, otros ganan menos, pero todos eran explotados. Las condiciones de trabajo no iban a determinar nada, sino la conciencia que alguien les llevase, fuera por intelectuales, partidos, estudiantes. Al respecto, había una gran cantidad de grupos políticos pequeños, sobre todo generados en las universidades, de tipo Trotskista, maoísta, guevarista, albaneses, comunistas, etcétera. Esto se reflejaba en la forma de análisis académico del movimiento obrero, que era rehacer la Historia de cómo una dirección política les indujo a los obreros cierta conciencia de clase. A través de esta concientización estos se lanzarían a la lucha, y lo más importante era cómo se enfrentaron con el Estado, con los otros sindicalistas corporativos o con los empresarios. Esta Historia se volvía una suerte de descripción del movimiento visto como las acciones de los dirigentes, de los trabajadores, del Estado o de los empresarios. En esos años, leí uno de los libros de Castoriadis, cuando él era marxista, y se me quedó muy grabada una frase que me ayudó a reflexionar sobre lo que se hacía en México: "esa forma de estudiar a los trabajadores es la forma de fijarse nada más en los maquinistas de la locomotora de la historia" que son las direcciones. Entonces el análisis del movimiento obrero, además de la descripción de acciones colectivas, lo era de acciones de las direcciones, de su pensamiento, sus estrategias, alianzas, divisiones. Esta forma de análisis me parecía muy limitada y en México la mayor parte de los estudios obreros estaban en eso. Era una época donde los intelectuales y los estudiantes que hacían tesis estaban interesados en la movilización obrera, que era lo que se consideraba el punto culminante de la acción, su escalamiento para llegar el derrocamiento del capitalismo. Actualmente en México no hay ese interés. Entonces, de ahí vino una profundización de esta problemática que coincidió con el cambio del proceso político-sindical, es decir, a inicio de los ochenta, el movimiento obrero que había sido muy activo en los 70, estaba decayendo.

José Ricardo: ¿El movimiento obrero mexicano?

Enrique: Sí, aunque una visión internacional posterior permitió trascender el plano nacional y verlo como el fin del ciclo de ascenso de las movilizaciones de los setenta, que en Sudamérica se prolongó hasta

inicios de los noventa por las luchas de los sindicatos en contra de las dictaduras militares. En México también terminó un ciclo de luchas en contra del corporativismo, y que también estaban vinculadas con los procesos de trabajo.

José Ricardo: ¿En cuales sectores?

Enrique: Principalmente en la gran empresa hubo movilizaciones, la empresa del periodo del modelo de sustitución de importaciones, por ejemplo la siderúrgica, las automovilistas, los bancos, las mineras grandes, las Universidades públicas, electricidad, teléfonos etc. Eran los obreros mejor pagados del país.

Marcela: ¿Era una generación de trabajadores?

Enrique: Digamos que era el último empuje de los trabajadores de la gran empresa de la sustitución de importaciones, antes del neoliberalismo, en lo que se llamaba la industria pesada. Es decir, el obrero de la industria pesada se puso en gran movilización y en muchos lados triunfó momentáneamente, por ejemplo en la Volkswagen de Puebla, Teléfonos de México, en las grandes siderúrgicas, las grandes mineras, las de aviación, los ferrocarriles. Fue realmente un periodo, yo diría, históricamente extraordinario. No era el obrero de la pequeña empresa, sino era el de la gran empresa, la que en ese momento era la de punta, que decidió movilizarse. Como decía Gramsci, pasar de la pasividad a una muy fuerte actividad en contra del Estado, de los empresarios y de sus líderes corporativos. Ya nunca volvimos a tener una movilización de esa extensión. Ha habido movimientos parciales, pero nunca más de esa magnitud.

Fue también la combinación con otros grandes movimientos sociales, como el campesino, que era el último empuje de la lucha por la tierra. También el movimiento de los que llegaban a las ciudades y luchaban por el pedazo de tierra urbana para habitar. Lo que vino después con el liberalismo fue que esa tierra se vendió o rentó a las grandes agroindustriales y el movimiento campesino ahora existe pero en forma muy raquítica. También el flujo de migrantes del campo a la ciudad es limitado. La gran migración a la ciudad ya terminó. Lo que ustedes encuentran aquí como movilización de la gente pobre de las ciudades ya no es por el pedazo de la tierra urbana, sino son de los que trabajan en la calle, que se movilizan frecuentemente por luchar por el pedazo de espacio urbano para trabajar, no por el pedazo de tierra para vivir. Entonces hay un giro muy importante de ese tipo de movimiento popular. La movilización de los que trabajan en la calle se volvió muy activa. La última investigación que hicimos fue de este tipo de organizaciones de vendedores ambulantes, de

sexo-servidoras, de los que venden en los vagones del metro, de los que hacen comida en la calle, que son una enorme cantidad de categorías ocupacionales.

José Ricardo: ¿Pero esto fue durante cual década?

Enrique: Setenta y principio de los ochenta. Pero vinieron grandes cambios estructurales. Una, que el movimiento obrero, de la gran empresa, que era el eje principal de olas de movilizaciones a las que llamaron en el mundo académico la insurgencia obrera de los setenta, declinó. Declinó y en la mayoría de los casos fue derrotado, por acción concertada entre sindicatos corporativos, gobierno y empresarios. Lo mismo pasó con los otros movimientos, incluyendo el estudiantil. Por otro lado, tempranamente en México, se iniciaba la reestructuración productiva. Ese fue el otro elemento estructural que me impactó. ¿Cuál fue la planta emblemática que inició la serie de cambios? Fue la Ford en la ciudad del Norte que se llama Hermosillo. Allí, por primera vez en este país, se instaló todo el repertorio del Toyotismo: círculos de calidad, justo a tiempo. A partir de esto siguió una secuencia de cambios y más cambios. Por ejemplo, en Ford de Hermosillo había una sola categoría ocupacional de producción totalmente polivalente. Una novedad increíble en este país cuando en las plantas viejas del Centro había 180 categorías ocupacionales. Realmente fue una revolución en los procesos productivos. El primero que llamó la atención hacía este aspecto fue Harley Shaiken. Shaiken es un investigador norteamericano que investigó la planta de Ford de Hermosillo ya arrancada y la comparó con otra planta de Chicago y otra de Canadá de la propia Ford, y encontró que la situada en México era más moderna y más productiva. ¿Cuál fue el shock académico? No sólo que había otra manera de producir diferente del Taylorismo-Fordismo, sino que en países subdesarrollados se podían establecer tecnologías que no eran intensivas en mano de obra, lo cual contradecía a alguna de las teorías de la Dependencia que todavía estaban vigentes...

Marcela: ¿En los ochenta, con cambios estructurales muy fuertes en México, cómo tu carrera se vinculaba con este proceso?

Enrique: En los setenta, en México, muy pocos investigadores se interesaban por los procesos de trabajo. Estas teorías me impactaron mucho, al grado de que yo me fui a Italia para conocerlas más a fondo y entrar en contacto con algunos de sus representantes. Así, me fui a vivir a Italia, pero llegué tarde, el obrerismo estaba muerto, los Autónomos de Negri habían renunciado a darle importancia a los procesos de trabajo. En Italia hice una recopilación de artículos de Panzieri no conocidos en

español, que pude leer allá y traducirlos. Entonces íbamos a publicar un libro, pero nadie quiso pagar los gastos, nadie se interesó. Muy recientemente puse este material en mi página Web.

Marcela: ¿Qué año era?

Enrique: Era el inicio de los ochenta, y ya no existían los obreristas de Panzzieri. Lo que quedaba era la disolución que representó Negri. Negri muy tempranamente renunció a la fábrica, en el paso del obrero masa al obrero social, ya todos nos volvíamos obreros sociales y entonces ya no tenían importancia los procesos productivos. Porque el obrero social somos todos, todos somos productores directos o indirectos de plusvalía, explotados por el capital. Entonces qué importancia tendría estudiar los procesos productivos. Los autónomos que seguían a Negri iban por otro lado, de tal manera que yo no encontré ya algo vivo de lo que me interesaba. En todo caso tuve la oportunidad de leer lo que había estado vivo hacía pocos años. Como el italiano no es un lenguaje internacional, pude leer los “Quaderni Rossi”, a Tronti, Victoria Foa, Bologna y a muchos otros desconocidos en mi medio que contradecían las políticas de los partidos comunistas de la época, que eran Stalinistas. Entonces el interés por los procesos productivos me vino del obrerismo, pero de un obrerismo politizado, no simplemente para conocer, sino pensando que para sujetos obreros la fuente principal y donde se constituían era a partir de los procesos productivos, aunque también influían otros ámbitos de la sociedad. Influían las visiones del mundo, no solamente la conciencia que venía desde afuera, sino la manera de trabajar, de vivir el trabajo. De ahí es de donde me surgió el interés por el análisis de los procesos laborales. Y cuando viene la reestructuración productiva, lo que a algunos se nos ocurrió es que la reestructuración productiva iba a reestructurar a los propios sujetos obreros y que entonces había que investigarlos. A continuación vino el problema de cómo estudiarlos. Teóricamente, para mí, había una inspiración en el Marxismo, pero este resultaba todavía demasiado general. El punto de partida era que el proceso de trabajo y el proceso de valorización van de la mano, y el capital para explotar al trabajo, al trabajador, lo tiene que dominar en el proceso de trabajo. Esa era la frase clave. Pero de ahí a estudiar robots, etcétera, había distancia y no era suficiente con esas perspectivas generales. El americanismo y fordismo de Gramsci tampoco era suficiente. Lo que hicimos fue levantar las antenas y nos encontramos primero que nada con Coriat, específicamente con “El taller y el cronómetro”. Es más, el “El taller y el cronómetro” lo estudié en Italia antes de que se tradujera al español y me impresionó mu-

cho, porque Coriat no sólo veía proceso de trabajo, sino veía la migración y combinaba muchas dimensiones que no se reducían únicamente al proceso de trabajo. Tras la pista de Coriat descubrimos a los Regulacionistas Lipietz y Boyer y nos pusimos a estudiar a esta corriente. Pero comenzaba a haber más teorías nuevas acerca de lo que estaba pasando con la reestructuración, y entonces constituimos lo que para nosotros fue el seminario fundacional de los nuevos estudios laborales. Al seminario asistieron investigadores o estudiantes de postgrado que serían clave en el desarrollo de las nuevas perspectivas como Jorge Carrillo, María Eugenia de la O, Oscar Contreras, Germán Sánchez Daza, Fernando Herrera, Huberto Juárez, etcétera. El seminario duró dos años y se completó con cursos de formación de profesores realizados en Guadalajara, Puebla, Tlaxcala y D.F.

Consuelo Iranzo: ¿Y a Braverman, ya lo nombraste?

Enrique: Aunque Trabajo y Capital Monopolista de Braverman fue tempranamente editado por Nueva Sociedad en 1970 no se le utilizaba en México.

Marcela: ¿Ya estabas en la UAM?

Enrique: En ese momento estaba integrándome en la UAM. Como dije, la Ford de Hermosillo fue un hito mundial que rompía con varios paradigmas importantes. Uno, el de la Dependencia y el otro con la nueva división internacional de trabajo de Fröbel, que planteaba que a países como México, sí llegaban empresas competitivas internacionalmente, pero sólo los segmentos del proceso productivo intensivos en mano de obra. Pero la Ford en Hermosillo llegó a inicios de los ochenta del siglo XX con tecnología de punta. Ese fue un impacto para algunos de nosotros muy fuerte, y avizorábamos que se avecinaban muchos cambios en los procesos productivos y que resultaba muy simplista reducirlos al uso de la mano de obra barata. Necesitábamos más instrumental teórico. No es que la Sociología del Trabajo internacionalmente no los tuviera, sino que en México no se leían porque el interés en lo laboral era el movimiento obrero, no el proceso de trabajo. Aunque el Tratado de Sociología del Trabajo de Friedman y Naville se tradujo en 1970 y llegaron algunos trabajos de Touraine cuando hacía de proceso de trabajo. Sin embargo, esas orientaciones por la corriente que privaba en ese momento eran vistas con desprecio, frente a la emergencia de un poderoso movimiento obrero: algunos pensaban que “esas son cosas de ingenieros”, “no nos importan a nosotros que somos revolucionarios, nosotros queremos hacer la revolución, no la reforma de la empresa”.

Juan Carlos Célis: Es muy importante haber iniciado en la UAM. ¿Qué es la UAM?

Enrique: Fue importante en el desarrollo de mis perspectivas. La UAM se fundó en el 74, es decir, en plena efervescencia de movilizaciones de todo tipo. Había ya pasado lo del 68, pero el 68 no terminó con todo. Fue el inicio de una década de grandes luchas, estudiantiles, obreras, campesinas. Entonces la UAM se crea, necesita profesores y los que nos fogueamos en las luchas, ingresamos de profesores. Entonces la UAM empezó como una universidad eminentemente de izquierda, pero no solamente en términos de ideas, sino de gente que había participado en las diferentes luchas, es decir, era gente que había estado muy movilizada. En ese momento no había estructuras universitarias anquilosadas, pues estaban creándose, no había profesores viejos que dijeran “no hay que estudiar aquello, lo legítimo es esto”, “esto no vale”, no, todo se estaba haciendo, entonces el campo estaba virgen. Aparte de que en general los colegas profesores tenían entusiasmos parecidos, porque unos habían sido activistas en fábricas, otros habían vivido en pueblos campesinos, y otros en colonias populares, pero todos estábamos muy enganchados, incluso habíamos tenido experiencias políticas parecidas y hasta nos habíamos conocido por ahí en el movimiento. Esto hacía que se generara un espacio muy abierto, muy politizado, también hacia la izquierda, muy propicio para las nuevas ideas. Por ejemplo, si yo hubiera ido a la UNAM y planteado “vamos a estudiar a fondo procesos de trabajo porque es básico” habría sido muy mal recibido. La UNAM tuvo importancia en el estudio del movimiento obrero, pero estos otros temas de reestructuración, proceso de trabajo, no, porque había estructuras consolidadas y profesores que eran famosos en el estudio del movimiento obrero y hubieran dicho “eso para qué sirve, no lo sigan, eso no tiene importancia”. En la UAM no, estaba todo por hacerse, además la gente estaba todavía en búsqueda de participación política.

En ese contexto fundamos el seminario de revisión de teorías sobre la reestructuración productiva. Un seminario en donde dijimos, vamos a estudiar a nivel internacional qué está en el juego de teorías sobre la reestructuración, empezando por los regulacionistas, vamos a estudiar no sólo Coriat, sino a Boyer, Lipietz, continuamos con Piore y Sabel con sus distritos industriales, a Kaplinsky, a los Neoschumpeterianos. De repente nos dimos cuenta que había muchos académicos que estaban haciendo propuestas sobre la reestructuración y que no los leíamos. No es que el seminario fuera exhaustivo, sino que fue el inicio de un proceso

que aún no termina de estar al día en la polémica internacional, en el que se fueron agregando más y más corrientes y autores con el tiempo: la *industrial governance*, los clústers, las cadenas de valor, el aprendizaje tecnológico, la economía del conocimiento, la empresa red, el neoinstitucionalismo. ¿Quiénes éramos? Primero éramos jóvenes. Ahí no estaba Francisco Zapata. Zapata era de otra generación y nunca llegó a conocer estas nuevas teorías. Nos reuníamos en el seminario alrededor de unos 40 interesados en el tema. Esto era cada semana, en un día muy inapropiado, pero era el único en el que podíamos coincidir, los viernes por la tarde. Así se formó una comunidad muy entusiasta que se planteó no sólo conocer teorías sino cómo hacer investigación, en ese momento en vínculo con los trabajadores, aunque fuera imaginario, porque había hasta cierto punto una lectura obrerista de las teorías revisadas. Sin embargo, tampoco el obrerismo nos ofrecía soluciones satisfactorias porque este surgió en un momento en donde en Italia apenas se estaba consolidando el Taylorismo-Fordismo. Y tanto Braverman como los obreristas planteaban que el gran cambio capitalista era hacia el Taylorismo-Fordismo, pero ya no era suficientemente sólida esa posición en los ochenta, eso se estaba acabando frente a la automatización y el Toyotismo en los procesos productivos y la flexibilidad en las relaciones laborales.

Juan Carlos: ¿Conocer para qué?

Enrique: Nuestra inquietud y lo que esperábamos era que la reestructuración trajera consigo nuevos sujetos obreros, es decir, nuestro interés no era simplemente para conocer, sino era para ver cómo nos insertábamos entre esa nueva clase obrera políticamente.

Pero no a la manera Leninista, de decirles “hagan esto”, sino en términos de que nosotros conocemos estas teorías, estas experiencias internacionales, entonces se las damos a conocer a los trabajadores, y lo hicimos en parte a través de cursos de formación de sindicalistas o discutiendo con grupos de trabajadores las estrategias frente a la reestructuración.

Juan Carlos: ¿El grupo tenía un nombre?

Enrique: No, era seminario sobre reestructuración, o de teorías de la reestructuración. A la vez que seguíamos estudiando, porque estuvimos varios años estudiando intensamente, nos planteábamos hacer la crítica de cómo se hacen los estudios obreros en los setenta. Hicimos un trabajo de investigación bibliográfica en donde nos sumergimos realmente a leer cómo se hacía la investigación antes de los ochenta, sobre todo los llamados estudios del movimiento obrero, aunque también los

sociodemográficos. De ahí publicamos, de manera crítica, un artículo que generó un gran debate con estas perspectivas, porque ellas eran todavía lo más fuerte y representativo de los estudios obreros. Nosotros no, éramos casi estudiantes, se puede decir que principiantes. Una parte importante de los investigadores consagrados nos veían mal por los temas que investigábamos. Estuvimos diez años en debate, en debate en publicaciones, de enfrentarnos verbalmente en congresos con personajes conocidos, como por ejemplo con Raúl Trejo, que era estudioso del movimiento obrero, también con Max Ortega, que nos contestaron en sus revistas. Es decir, lo que después denominamos nuevos estudios laborales resultó de una lucha muy fuerte con esa forma tradicional, un poco Leninista, de estudiar al movimiento obrero y despreciar los procesos productivos. Aunque también debatimos con investigadores serios académicamente de la corriente sociodemográfica, que trabajaba con estadística de empleo haciendo cruces diversos, pero también con desprecio hacia los procesos de trabajo.

Esta polémica no fue solo intelectual, sino también en cuanto a estrategias sindicales. Frente a la reestructuración hubo tres posiciones sindicales: la aceptación de las iniciativas empresariales, la resistencia a todo cambio y la inserción en la reestructuración para ganar poder obrero en el proceso de trabajo. En nuestras incursiones entre los grupos de activistas y sindicatos fomentamos la discusión para que los trabajadores pudieran visualizar que las demandas tradicionales de salario, prestaciones, seguridad en el empleo podrían extenderse a las del control sobre el proceso de trabajo. Se puede decir que fuimos nosotros los que planteamos académica y sindicalmente el tema que ya se trataba en otros países de la flexibilidad del trabajo.

Juan Carlos: ¿Trejo era de la UNAM, no?

Enrique: De la UNAM, ahí había un núcleo grande de investigadores a la antigua del Movimiento Obrero con los que entramos en polémica

Consuelo: ¿Y los sindicalistas que se interesaban por la reestructuración?

Enrique: En general los sindicatos o corrientes sindicales independientes se habían formado en la lucha en contra del corporativismo sindical. La reestructuración productiva significó un cambio de terreno en el que los sindicalistas no estaban preparados ni teóricamente, ni en experiencias previas. Creo que en este sentido algo contribuimos a aclarar los problemas.

Consuelo: ¿En esa época Leonard Mertens estaba con ustedes?

Enrique: Mertens siempre trabajó y trabaja con la OIT. A inicios de los ochenta hizo un seminario importante sobre reestructuración productiva, aunque no formó parte del seminario fundacional mencionado.

Consuelo: ¿Estaban vinculados?

Enrique: Estaba paralelo en intereses, en interés con la OIT. Pero, como dije, el debate también fue en el plano sindical, porque los sindicatos independientes, que venían de las luchas contra el estado de los setenta, estaban muy imbuidos de la vieja perspectiva sobre el movimiento obrero, yo le llamaría Leninista, en donde lo que importaba era la conciencia que llegaba desde afuera y no analizar el proceso productivo. Cuando empiezan estos cambios inicialmente tecnológicos, luego organizacionales, luego en flexibilización de los contratos colectivos de trabajo, a la parte más radical del movimiento obrero independiente lo primero que se les ocurre es oponerse a que se introduzcan los cambios. Por ejemplo, en teléfonos donde tuvimos mucha injerencia, la corriente más tradicional independiente planteaba no aceptar la introducción de la nueva tecnología, porque iba a crear desempleo y descalificación. Entonces ahí iniciamos el debate, pero apoyados en otras corrientes más sensibles de trabajadores, e hicimos una cantidad importante de seminarios y discusiones acerca de cuál debía ser la posición del sindicato frente a la nueva tecnología o las nuevas formas de organización. Hicimos cursos de formación de sindicalistas en esa misma tónica: nuevas tecnologías, sus consecuencias para los trabajadores, nuevas formas de organización, y se introdujo la discusión internacional desconocida en México sobre la flexibilidad. Cuando lo planteamos en los seminarios obreros causó cierta incertidumbre, la parte tradicional del sindicalismo independiente nos atacó diciendo que éramos amantes de la flexibilidad y por lo tanto éramos patronales.

Marcela: ¡Dijeron que habías inventado la flexibilidad!

Enrique: Cierto, un sindicalista en un seminario dijo, “¡Ese de la Garza que inventó la flexibilidad!”, pero en el sentido de “ese malvado”. Entonces fue un debate muy fuerte, agrio, porque todavía el movimiento obrero tenía actividad en la primera mitad de los ochenta, nada más que el terreno lo había cambiado el empresariado, ya no era nada más la lucha con el viejo Estado y el viejo corporativismo, sino era el de la reestructuración. La posición tradicional de izquierda era oponerse en casi todos los casos a la reestructuración, cuando había iniciado una reestructuración muy fuerte en la segunda mitad de los ochenta y primera de los no-

venta que fue acompañada de muchos despidos. Por ejemplo, en ferrocarriles se redujo la planta laboral a la mitad, en la siderúrgica a la tercera parte.

Marcela: ¿Estamos hablando de mediados de los ochenta?

Enrique: Sí, y empezó un gran cambio en los contratos colectivos. El tema de flexibilidad no solamente iba vinculado a las nuevas formas de organización sino que a todos aquellos sindicatos que habían estado en gran movilización en los setenta en las grandes empresas. Les cambiaron el contrato colectivo flexibilizándolo, y ya para mediados de los noventa estaban casi todos los contratos de las grandes empresas flexibilizados, en muchas ocasiones como condición previa a la gran privatización. Es decir, el gobierno flexibilizó los contratos colectivos de sus grandes paraestatales y casi inmediatamente los vendió.

José Ricardo: ¿En qué momento te conectas con la CLACSO y si eso tuvo alguna incidencia en tu desarrollo intelectual?

Enrique: El grupo de CLACSO en esa época se llamaba Movimientos Laborales. Un poco en la tradición que dominaba en México a inicios de los ochenta. Lo que importaba era el movimiento obrero. Yo no tenía relación con este grupo antes de 1987, posiblemente porque no era la orientación que me interesaba, tampoco los jóvenes que veníamos del seminario fundacional teníamos relación.

Con el grupo de CLACSO la conexión fue circunstancial, yo no conocía a ninguno de los fundadores de los nuevos estudios laborales de América del Sur, como Neffa, Martha Novick, Luis Abramo, Marcia Leite, Nadya Araujo, Luis Stolovich, Fernando Urréa, Consuelo Iranzo, Cecilia Montero, Álvaro Díaz. Éramos muy jóvenes y poco conectados internacionalmente.

José Ricardo: Guillermo Campero, él fue el fundador del grupo de CLACSO de movimientos laborales

Enrique: El caso es que Campero nunca se pasó a estudiar procesos de trabajo. Él permaneció en la idea de movimiento obrero, que era el espíritu de la época, de los setenta, lo mismo Francisco Zapata.

El encuentro con el grupo de CLACSO fue circunstancial, porque hay un profesor de una generación anterior, un mexicano que se llama Víctor Manuel Durán Ponte, él era un estudioso del movimiento obrero, no de proceso de trabajo. Y se fue a hacer un doctorado a Brasil, y ya estando ahí se conectó con el grupo de Roque Aparecido, que era en ese momento el líder del grupo brasileño. Nosotros lo conocíamos, a Duran

Ponte, porque participó en el seminario fundacional, pero no sabíamos de los colegas brasileños. Cuando Roque Aparecido, que era el coordinador del grupo CLACSO planeó una reunión, nosotros no teníamos vínculo previo. Fuimos porque nos invitó este profesor mexicano y nos dijo “allí hay gente interesante y que coincide con ustedes” y llegamos a Porto Alegre. Era un grupo pequeño, yo diría, no pasaba de 10 personas. Inmediatamente nos reconocimos, en el sentido de trayectorias parecidas, todos habíamos tenido que ver con movimientos obreros o grupos políticos de izquierda. Roque era de un grupo, y de alguna manera habían llegado, como nosotros, a que los estudios de trabajo eran muy importantes.

En esa reunión histórica, discutimos, discutimos, discutimos. Ellos también estaban muy influenciados por el obrerismo italiano. Ahí se planteó la posibilidad de una investigación comparada sobre nuevas tecnologías que nunca se culminó en algo concreto o publicable de manera conjunta, aunque nosotros tomamos muy en serio la propuesta de investigación e iniciamos un estudio del tema en varias ramas económicas.

José Ricardo: ¿Y quiénes estaban por Argentina?

Enrique: Estaban Julio Neffa y Martha Novick. Por México, Jorge Carrillo, Duran Ponte y yo. En ese momento, seguíamos pensando junto con los colegas sudamericanos que la reestructuración podía traer nuevos sujetos colectivos y que esos iban a ser algo así como los del futuro. No aquellos de la sustitución de importaciones que iban a decaer, y decayeron. Y nos preguntamos cuáles iban a ser las palancas que podían llevar a movilizar a estos nuevos sujetos obreros, con una nueva y diferente relación con el Estado y la producción, y más globalizados. Entonces, estaba la preocupación obrerista, pero mucho más actualizada en términos teóricos.

En ese inter dijimos “bueno, hay que hacer una revista” en México, de lo que en esa época eran nuevas perspectivas en América Latina. Porque en la tradición europea la perspectiva de proceso de trabajo es antiquísima, pero en México no era nada, y seguíamos en lucha con los otros de la historiografía del movimiento obrero. Y así se originó la Revista Trabajo. La Revista Trabajo fue fundada en el 89. Ya había terminado el seminario fundacional, aquel de revisión de grandes teorías, entonces necesitábamos una institución que nos permitiera comunicarnos más regularmente. Asimismo, pensamos que era necesario un postgrado que impulsara la formación e investigación en los nuevos estudios laborales,

más formalmente y dónde la gente tuviera tiempo para estudiar y debatir, que no fuera solo en su tiempo libre, en donde pudieran tener becas. Entonces fundamos la maestría en Sociología del Trabajo. Dentro de mi Universidad esta fundación implicó una continuación de la lucha con la corriente del movimiento obrero, porque en la universidad había profesores muy activos en la otra perspectiva del movimiento obrero y nos veían como sus enemigos. Tuvimos que batallar mucho para que fuera aprobada en consejos académicos, que son públicos, nos enfrentamos, discutimos y se aprobó.

José Ricardo: ¿Por qué había tanta confrontación? ¿Por qué no se respetaban como dos espacios?

Enrique: Mira, el ambiente seguía muy politizado, también en nosotros, estaba todavía muy presente el Leninismo, en donde lo que importaba era la conciencia que llegaba de los intelectuales. Y los procesos productivos eran algo despreciable. Pero aparte, ellos tenían cierto vínculo con sindicatos independientes o corrientes y lo veían como parte de la lucha política. Pensaban que esto no llevaba a nada, que distraía, que finalmente era cosa de los empresarios para mejorar la producción. El movimiento obrero era para luchar contra el capital, no para mejorar procesos productivos. Esta era una concepción común, tanto de las corrientes más radicales del movimiento obrero como las moderadas. La diferencia era la radicalidad. Había corrientes moderadas que planteaban “vamos a llegar a acuerdos con los gobiernos”, y había radicales que decían “ni un paso atrás”. Y ambas nos consideraban su enemigo, porque contrastábamos en teorías, en espacio, de lo que hay que investigar, en la importancia que le dábamos al proceso productivo, que no les gustaba nada. Y entonces atacaron la revista y el postgrado. Los enfrentamientos se dieron con mucha intensidad, en lo que fue nuestro antecedente de congresos de los nuevos estudios laborales – en los setenta y primera mitad de los ochenta la corriente historiográfica hegemoneizaba los grandes encuentros colectivos a través de los congresos de Historia Obrera –, a los que convocamos y les llamamos “Los Coloquios de Jalapa” en una ciudad de Veracruz. Hubo 4 coloquios de Jalapa, fueron verdaderos congresos con cientos de participantes, combinados investigadores con sindicalistas. Los sindicalistas también presentaban ponencias. En los coloquios de Jalapa se dio la confrontación final con la corriente historiográfica, con mucha violencia verbal. Ludger Pries participó en esas luchas, él es alemán, estaba aquí en México y coincidía con nosotros totalmente. Era parte de este movimiento. Recuerdo que uno de los líderes de la otra

corriente, en un auditorio repleto de cientos de gentes, sacó la Revista Trabajo y dijo “miren aquí está la prueba de que toda esta corriente es una corriente pro empresarial entregada al capital, léanla para que vean sus posiciones”, así estaba la situación. Ellos siempre nos tacharon de pro gerencia, que queríamos la conciliación de clases, que los trabajadores se pusieran la camiseta de la empresa y fueran productivos, cuando lo que teníamos era la otra intención, la de la lucha obrera en condiciones nuevas a las del período de sustitución de importaciones.

Marcela: Es que no leían...

Enrique: Es que en ese nivel tan encendido del conflicto, a veces no se lee o se lee muy mal. Y entonces los coloquios de Jalapa fueron realmente la consolidación de la corriente de los nuevos estudios laborales, que ya no eran cuestión de grupos pequeños, ya había una revista, había posgrado, y pues yo creo que en esos años derrotamos definitivamente a la otra corriente, al grado de que ya en los noventa desapareció. La escasa Historia Obrera que se hace hoy es mucho más seria.

Juan Carlos: Perdón, ¿Disminuyó el movimiento obrero también?

Enrique: Muchísimo, muchísimo. Había poco material para reseñar acciones colectivas obreras. Ya casi no había objeto de estudio de movimiento obrero, a diferencia de los setenta, en que había muchísimo. Cuando nosotros arrancamos a inicios de los ochenta como analistas hicimos el balance de cómo estos señores investigaban al movimiento obrero. Contamos en tan sólo en 10 años como diez mil investigaciones que se hicieron de puro movimiento obrero, es decir, la gente estaba volcada, los movimientos obreros saltaban por todos lados, fue una época muy impresionante.

Desde la reunión de Puerto Alegre, con nuestros colegas de Sudamérica, junto con algunos del Caribe y Centro América, como Maru Trejo de Costa Rica, y de Puerto Rico, Carlos Alá Santiago, nos convencimos todos que estaban las condiciones maduras para hacer un Congreso Latinoamericano de sociología del trabajo. Nosotros ya teníamos Revista, Postgrado, una red amplia de investigadores y sindicalistas y la experiencia de los coloquios de Jalapa, a los cuales habíamos invitado a algunos de nuestros colegas de Sudamérica (Consuelo Iranzo, Julio Cesar Neffa y Martha Novick, Marcia Leite).

Marcela: ¿Lo realizaron en el DF en el año de 1993?

Enrique: Sí, para esto se formó un entusiasta comité organizador que no contaba con una moneda de financiamiento. El entonces Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales lo había prometido y fi-

nalmente nos expulsó de su Facultad. La miseria de la situación logró superarse con el entusiasmo del comité. Pasamos la charola de cooperación a medio mundo. Y entre lo que pudiéramos llamar los fundadores en el nivel latinoamericano –Neffa, Martha, Lais, Marcia, Nadya, etcétera – había muy buena relación, todos acogieron la propuesta con mucho entusiasmo, pensaron que aquí había las condiciones.

En este primer congreso todavía no había compact-disc, ni dinero para editar memorias y apenas empezaba el internet. Fue un problema la reproducción de tantas ponencias, era todo fotocopiado, pero como llegaron cientos y cientos, las fotocopadoras tronaron, es decir, no daban abasto, y entonces dijimos, “pues dejen sus datos, luego se los enviamos”, y dos años después todavía estaban reclamando “¿Qué paso con mis copias de las ponencias?”

Consuelo: Yo creo que los antecedentes de los Coloquios de Jalapa fueron fundamentales, porque ahí participamos varios de los fundadores y era impresionante la cantidad de gente...

Enrique: Sí, la mayoría de los fundadores estuvieron en el congreso, presentaron las ponencias magistrales que fueron balances de los estudios laborales por país. Yo creo que hay que hacerlos nuevamente porque las condiciones han cambiado. Fue como una presentación en sociedad con gran éxito, de una corriente que en los noventa fue la más importante en los estudios laborales en América Latina, que se diferencia del análisis económico y del sociodemográfico del trabajo.

Juan Carlos: ¿Cuál era el objetivo del Congreso?

Enrique: Era institucionalizar la corriente de los nuevos estudios laborales, incorporar y reconocernos con otros investigadores, crear la Asociación y la Revista.

José Ricardo: ¿Quién dirigió el Congreso?

Enrique: El coordinador fui yo, y hubo un comité de investigadores mexicanos más Ludger Pries.

José Ricardo: ¿Y RELET?

Enrique: Sí, yo fui el director en su primera época, editada en México, antes del segundo congreso.

Marcela: Paralelo al Tratado Latinoamericano, al Congreso de ALAST, se fundó también la Asociación Mexicana de Estudios del Trabajo y también se llevan a cabo grandes investigaciones, por ejemplo, de modelos productivos en la industria mexicana, que involucró a 64 investigadores.

Enrique: Efectivamente, a través de la red mexicana que se fue formando desde el seminario fundacional, los cursos de formación de profesores, la revista Trabajo, el congreso de ALAST, fue relativamente fácil fundar con los colegas mexicanos la AMET en Guadalajara. Unos años antes habíamos iniciado investigaciones que involucraban a mucha gente, como la que mencionas que se llamó Modelos de Industrialización. Luego siguieron otras como Estrategias Empresariales de Reestructuración. También el análisis de los cambios en la contratación colectiva, los sindicatos frente a la reestructuración, los modelos de producción en la maquila. La idea de estas investigaciones era trascender los estudios de caso tan abundantes en esa época, y trazar mapas nacionales de los cambios mencionados a través del estudio de muchas empresas a la vez. Hicimos la investigación de modelos de industrialización en México donde abarcamos unas 500 empresas, y de nuevo, la manera como le hicimos fue con muy poco dinero. Convocamos sobre todo a profesores que ya tenían su tiempo completo y no tenían problemas de subsistencia, es decir, ninguno que dijera “por participar en el proyecto, de eso voy a vivir” porque no teníamos dinero para eso. Entonces más bien fue con el entusiasmo de la gente...

Marcela: ¿En cuántos estados?

Enrique: Veinte Estados del país, a la vez. Cada profesor agrupó un equipo en cada Estado, se congregaron 64 investigadores dispuestos a trabajar en eso. Dimos cursos de formación para el proyecto, fuimos aquí y allá, y bueno, la gente se entregó, y resultó una información muy, muy interesante, que fue el primer proyecto grande, amplio, macro que hicimos. Antes habíamos hecho a raíz de la iniciativa de Lais y de Roque, investigación en algún banco, en alguna aeronáutica, pero más puntuales. Pero en ésta tratamos de ver más en general qué estaba pasando en el país. Los resultados fueron muy interesantes porque mostraban que sí había reestructuración, pero no tanta, es decir, que la tecnología de punta está presente pero en un porcentaje limitado de empresas, que las nuevas formas de organización estaban mucho más extendidas que la tecnología dura, al igual que la flexibilidad del trabajo. La investigación arrojó conclusiones de ese tipo porque fue en la industria manufacturera en diferentes ramas, no en una sola rama. ¿Cómo le hicimos? Revisamos el censo industrial, un censo manufacturero por Estado y de ahí tomamos muestras, estratificadas por rama de tal manera que abarcamos una cantidad importante de ramas. Por cierto, hay que decirlo, también tuvimos problemas para que las empresas estuvieran dispuestas a contestar un cues-

tionario de empresa, para nada de que vengan y lo que quieran, pero casi siempre los grupos locales ayudaron mucho por sus contactos, a veces hasta personales. En una ciudad chica, el investigador es familiar del gerente o amigo del familiar del gerente, así, se van estableciendo redes y a través de estas se logra la confianza. O bien, el gerente estudió en esta universidad y me conoce, casi siempre fue de esa manera, es decir, la entrada oficial no fue la entrada principal – con una carta formal dada por la universidad que apoya esta investigación –, sino casi siempre por contactos de tipo familiar, amistad. No es perfecto, porque eso sería muy difícil, pero la investigación daba una imagen un poco más global de qué estaba pasando. Cuando finalizó la investigación, nos dijimos, bueno, pero si ya tenemos los contactos.

Marcela: Y en el 94 te vas a Inglaterra.

Enrique: A mediados de los noventa me fui a Warwick, Inglaterra, buscando el *labor process debate*. Porque yo me dije, además de los italianos, cuál otra corriente me interesa: la corriente británica del proceso de trabajo, es decir, los que debatieron con Braverman y siguieron adelante acuñando conceptos.

Me gustaban más lo británicos, los británicos Marxistas, por decirlo así. En general era la corriente de Hyman. Había una gente súper brillante que yo había conocido en lectura, pero quería conocer de cerca y estar en interacción con ellos. Pero cuando llegué y me dicen los del equipo de Hyman, “mira, en Inglaterra a mediados de los noventa el neoliberalismo está totalmente implantado y el debate del proceso de trabajo está muerto”, en lugar de decepcionarme hice lo mismo que en Italia, ponerme a leer mucho y a escribir, a proponer el Tratado. Sin embargo, a inicios del siglo XXI el neoliberalismo había perdido credibilidad. Esto ha estado asociado con un repunte del debate sobre el proceso de trabajo, pero ahora la persona clave es Paul Thompson.

Me voy a Inglaterra, pero al mismo tiempo dijimos, aquí ya tenemos las entradas a las empresas, entonces hagamos dos investigaciones complementarias. Una fue las estrategias empresariales de modernización. Ya no era más qué había cambiado, sino cuáles eran las maneras de ver de los empresarios, hacia a dónde querían ir en relaciones laborales. Y la otra fue sobre la flexibilidad de la contratación colectiva. Flexibilizaron desde fines de los ochenta los contratos colectivos de empresas grandes, que puntualmente habíamos estudiado, pero de los que ahora queríamos una visión más amplia. Nos fuimos al archivo de contratos colectivos de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, con una cédula

de captura. Una cédula es un cuestionario para leer el documento. El acceso a los contratos colectivos fue todo un problemón, porque aquí en México la cuestión laboral el gobierno lo considera casi secreto de Estado. Tú no puedes ir y decir “quiero tal contrato”, es un problema y entonces gracias a que Bouzas, que es otro colega que trabajó bastante con nosotros – él es abogado – y de quien el Secretario de la Junta de Conciliación, que es donde guardan los contratos, había sido alumno de Bouzas, y el alumno le dijo sí, vénganse a consultarlos. Ahí, en el archivo, estuvieron algunos asistentes, meses, llenando cédulas, ideamos un índice de flexibilidad de contratos y salió una imagen (conocimiento) mucho más completa de hacia dónde iba la flexibilidad, qué tan intensa era, en cuales dimensiones (numérica, funcional, salarial) por tamaño de empresa, por rama, por región. Esta fue la investigación sobre flexibilidad de los contratos colectivos

Consuelo: ¿Cómo eso repercute en diferentes universidades en México y se generan también líneas de investigación?

Enrique: Impulsadas por la reestructuración en el mundo empresarial, la revolución en las teorizaciones, las actividades que menciona Telo, ayudaron a la constitución de una corriente de investigadores, la de los nuevos estudios laborales, que partían de los procesos de trabajo, seguían hacia las relaciones laborales y sindicales. De tal forma que mucha investigación se hizo con esta perspectiva. Hubo grupos competentes en muchas Universidades y en congresos diferentes a ALAST y AMET adquirieron legitimidad. Así como ante organismos que financian investigación como el CONACYT.

Consuelo: ¿Y lo de la AMET cómo?

Enrique: Ah, lo de la AMET, bueno lo de la AMET fue después de ALAST. Para entonces ya había una masa bastante grande de investigadores, que ya iban adquiriendo experiencia y formación teórica. Había condiciones, y si hay la latinoamericana, ¿por qué no hay una local que siga su propio ritmo? Fue muy fácil formarla porque el grupo de estudiosos estaba motivado, había una perspectiva, la red estaba conformada, con todos los contactos fue muy fácil convocarlos y hacer el primer Congreso de AMET, en Guadalajara. El grupo que participó en modelos de industrialización de Guadalajara fue el encargado de organizar el primer congreso. Ellos posteriormente hicieron por su cuenta investigación en industrias locales, en este periodo la relación con los sindicalistas se volvió menos intensa.

En la segunda mitad de los noventa estaba cambiando el estado de ánimo de los sindicatos. Porque ya no era el momento en que se iniciaban los cambios en los ochenta, las reestructuraciones, la relación con el Estado o la resistencia a las privatizaciones, sino se trataba de un neoliberalismo ya muy consolidado. Casi todo se había privatizado, quedaba sólo PEMEX y Electricidad, y muchos sindicatos ya tenían otros contratos colectivos: ya no era el momento de la pregunta de qué nos va a pasar, ya les había pasado. Algunas empresas habían implementado nueva tecnología u organización, ya se habían dado los recortes grandes de personal, es decir, la clase obrera del modelo de sustitución de importaciones fue cortada de tajo, despedidos masivos, jubilaciones, y lo que ya había era otra clase obrera. La pasividad del movimiento obrero en esos años fue muy grande. El estado de ánimo era que esto llegó para quedarse, ya no se puede hacer nada, los sindicatos de izquierda disminuyeron muchísimo desde los ochenta. Como consecuencia, hubo tanto de los académicos como de los sindicalistas menos interés en los temas de los procesos de trabajo. Todavía hicimos un último intento de vínculo con los sindicatos, en asociación con el Centro de Solidaridad de la AFL-CIO en México. Este Centro no es un sindicato, sino una oficina de apoyo, como la Fundación Ebert. Los de la AFL-CIO llegaron a México desde mediados de los noventa con nuevos bríos, porque había sucedido un cambio en la dirección en los Estados Unidos con Sweeny, mucho más activo, más combativo y que planteó que estas oficinas tuvieran más autonomía de los gobiernos mexicanos y apoyaran más a los movimientos democráticos. Antes apoyaban a los corporativos y no querían saber otra cosa. La Guerra Fría había terminado y hubo un viraje. Llegó a dirigir el Centro de Solidaridad aquí en México, una persona increíble, un americano que se llama Jeff Hermanson. Había sido un viejo militante del movimiento estudiantil americano y después del movimiento obrero, maoísta. Cuando joven se fue a China, aprendió chino, y entonces Jeff conservaba mucha de esa mística, de esas formas maoístas. Llegó con mucha iniciativa de apoyo a los movimientos sindicales independientes. El bautizo de fuego fue una lucha muy emblemática en una maquiladora de capital coreano que circuló a nivel internacional, Kwan Dong, que está en un Estado del Sur.

Hubo una lucha en esta maquila de 800 personas que empezó por una cuestión circunstancial, pero reprobable. La comida que consumían los trabajadores en el restaurante de la empresa tenía gusanos. Protestaron los trabajadores, pararon sin apoyo del sindicato y el gerente llamó al

líder sindical – luego muchos académicos no lo creen que en México muchos líderes son como empleados de la empresa –, el líder sindical llegó y amenazó a los trabajadores, no crean que fue la gerencia. Este les dijo “si no entran a trabajar los vamos a correr a todos, ya hablé con el gerente y esto no se hace a la empresa”. Dijo el líder.

Consuelo: Se comían los gusanos sin quejarse...

Enrique: En el inicio del movimiento sí se enojaron por los gusanos en la comida e hicieron un paro ilegal. Si los trabajadores faltan tres días al trabajo, al cuarto, según la Ley, te pueden correr. Las trabajadoras no tenían quien las ayudara porque todo el panorama estaba lleno de sindicatos de ese tipo, no tenían quién las defendiera. Los trabajadores se pusieron en contacto con la oficina del Centro de Solidaridad en la ciudad de México y ésta los puso en relación con – fíjense qué combinación tan extraña en esto de la sociedad civil y los sindicatos – estudiantes de Universidades de lujo americanas, es decir, Harvard, Berkeley, Yale, Cornell, 20 universidades. Esta maquila hacía ropa deportiva con logotipo de esas universidades, y esta se vende en las tiendas universitarias. Los estudiantes activistas se involucraron y formaron una red grande de apoyo, algunos estudiantes viajaron a México, directamente a la ciudad donde está la maquiladora, iniciaron un boicot a la compra de la ropa elaborada en esta maquila, presionaron a los presidentes de sus universidades para dejar de consumir a la compañía coreana que surtía a las universidades.

Juan Carlos: Yo me compré ropa así de la UAM.

Enrique: ¡De la UAM! No está tan bonita como la de Harvard. Para los estudiantes era inaceptable, no se valía que hicieran eso con los trabajadores. La presión hacia sus universidades fue muy fuerte, para que dejaran de comprar la ropa de la maquila mientras no se respondiera a la demandas de formación de un sindicato no corporativo. Las ventas de los productos de la maquila cayeron a cero, porque sólo producía ese tipo de productos. Ante lo que estaba sucediendo, el gobierno mexicano propició las negociaciones. Su preocupación era que el capital extranjero se asustara, porque este problema ya tenía presencia internacional en medios de comunicación. Si hubo negociaciones, pero hay que fijarse qué significa negociar las relaciones sindicales en este país. Hermanson, el americano combativo, fue llamado por el gobernador del Estado. Formalmente nada tiene que ver el gobernador del Estado para negociar este tipo de problemas, tampoco había sustento legal para que Hermanson,

que no era líder sindical ni abogado de los trabajadores, fuera requerido a negociar.

Hermanson cuenta – hay un artículo narrando estos hechos escrito entre Hermanson y yo – que el gobernador le dijo “¿Ustedes qué quieren?”, “queremos un sindicato independiente”, dijo nuestro amigo el gringo, y el gobernador contestó “bueno, ya dieron demasiada guerra ustedes” levantó el teléfono y habló con el líder sindical y le dijo “quedas destituido”. ¿Qué te parece? Lo que es el corporativismo en México.

Juan Carlos: ¿Cuándo fue, cuándo fue esto?

Enrique: 2002-2003, algo así. Fue un gran triunfo. En el contexto mexicano desde los setenta, especialmente a partir del año 2000, los sindicatos independientes no han logrado avanzar. Después de Inglaterra nos fuimos a Berkeley, en otro sabático que coincidió con el triunfo en esa maquila. En Berkeley hubo un mitin muy grande convocado por los estudiantes americanos que apoyaron ese movimiento, llevaron al mitin a la nueva lideresa obrera del sindicato triunfante. Estábamos todos muy emocionados. Estuvieron también viejos militantes del movimiento estudiantil americano de los sesenta, llegaron con sus sillas de ruedas, en patines, todo eso fue muy emocionante.

A partir de ahí empezó una relación con Hermanson, que nos llevó a la fundación del Instituto de Estudios del Trabajo (IET), es decir, un intento más de vincular academia con sindicatos. ¿Cómo funcionábamos? Formábamos una directiva, mitad sindicatos mitad académicos, con algunos de los mejores académicos: Orlandina de Oliveira, Brígida García, Hernández Laos, Alfonso Bouzas, Carlos Salas. Eran académicos que ya no se vinculaban con los sindicalistas de por sí, pero mantenían su corazón a la izquierda. Los sindicatos independientes que participaban era el de telefonistas, el de las universidades, del Seguro Social, del Frente Auténtico de Trabajo, etcétera. Comenzamos a organizar una serie de actividades, cursos de formación para sindicalistas en el Seguro Social con los trabajadores del gobierno de la ciudad que tiene un sindicato muy grande, como de 100 mil trabajadores, con los bancarios, con los pilotos de aviación, que son independientes de tradición. Por el otro lado, iniciamos debates, sobre temas sindicales actuales y la publicación de libros. Editamos como 20 libros de autores diversos, sobre temas laborales, sindicales, empresariales. Se llamó Los Sindicatos Frente a la Reestructuración Productiva. Todo esto lo hicimos en un tiempo corto y con muy pocos recursos. Nosotros no teníamos sueldo, lo hacíamos porque queríamos; la AFL-CIO tiene un lugar para hacer conferencias, no

costaba. El único gasto era la edición de los libros y buscábamos lo más económico. Así estuvimos varios años. Se va Hermanson, viene otra representante, y dice “esto se acabó”, le parecía un proyecto muy intelectualizado. Hace dos años la AFL-CIO canceló la relación con nosotros formalmente.

Juan Carlos: ¿Fue hasta el 2010 que terminó la relación con AFL-CIO?

Enrique: Sí, el IET estaba funcionando bien, había gente interesada, estudiantes y sindicalistas que acudían a los debates. Se ponían a funcionar las redes, invitábamos a académicos muy buenos en ciertos temas, que tal economista, que tal sociólogo o tal politólogo, no cobraban. ¿Por qué aceptaban? Porque en México, excepto un sector pequeño que tiene raíz de derecha, pues yo diría que la intelectualidad mexicana fue de izquierda.

Consuelo: También dentro de ese proceso, Enrique, el grupo CLACSO cumplió un papel importante en los seminarios que se hacían aquí en México y otros países, en el intermedio entre un congreso ALAST y otro, había estas reuniones de CLACSO donde se sacaban libros y se volvían a juntar académicos de varios países

Enrique: Claro, eso también fue importante, en el grupo de CLACSO se abandonó lo del estudio del movimiento obrero como tema principal, desde que estaba Lais como coordinadora del grupo dio el viraje hacia los temas de reestructuración, procesos productivos, organización. Yo lo coordiné casi toda la segunda mitad de los 90 y luego con Neffa la primera mitad de la década pasada. Era una instancia más pequeña en número de participantes, pero de calidad. Los recursos de CLACSO no alcanzaban más que para unos seis u ocho invitados cuando mucho por reunión, sin embargo, se editaron unos dos libros por año. Llegamos a hacer dos reuniones por año, gracias al apoyo de Emilio Taddei, secretario de CLACSO, y de Atilio Borón, Presidente.

Consuelo: ¿Y con ALAS?

Enrique: En ALAS yo he tenido poca participación. En general en ALAS el tema laboral nunca ha sido central, porque el plato fuerte de ALAS, que viene de la Dependencia, y si alguna importancia tuvo, fue con respecto del movimiento obrero, pero estos otros temas de reestructuración, proceso de trabajo, no. Lo que era central en ellos, en nosotros era parte de lo que confrontamos desde los ochenta. Aunque existe un grupo de trabajo sobre reestructuración productiva, pero no es la orientación general del congreso.

Consuelo: Ahí quería hacer una pregunta sobre la Teoría de la Dependencia ¿Cuáles podrían ser dos o tres tesis en contra?

Enrique: Yo iría por la central, aunque ha habido muchas modalidades de la “Dependencia” de cualquier manera se mantiene la idea de que el eje central para analizar la dinámica mundial es la relación centro-periferia, es decir, lo principal que define las relaciones a nivel mundial es la relación centro-periferia. Yo creo que eso ya no se puede sostener. Las empresas globales, las cadenas internacionales, traspasan los países de diferentes maneras, de tal forma que el centro está en la periferia y la periferia en el centro. Las empresas globales aprovechan las heterogeneidades internacionales en beneficio de ellas. Para las teorías de la Dependencia la contradicción principal en el nivel mundial sería entre centro y periferia, esto oscurece las relaciones capital-trabajo, es decir, la lucha fundamental sería entre los países del sur con los del norte no la lucha capital-trabajo. Como consecuencia, los de la teoría de la Dependencia nunca tuvieron interés en la conceptualización de los procesos de producción. No vas a encontrar un concepto dependencista que te diga de la organización del trabajo, de las relaciones laborales, y cuando se hablaba de tecnología ésta se reducía a la idea de que en nuestros países, por la dependencia, tenía que haber tecnología de nivel más bajo y en el Norte es donde estaba la tecnología alta. Los conceptos de flexibilidad, clústers, nunca pasaron por su horizonte teórico. La Dependencia daba muy pocas guías de cómo enfocar las relaciones en las empresas, que para mí eran principalmente capital-trabajo, y aunque la gerencia podía tener modalidades, si era de capital nacional o si era de capital extranjero, esto no era destacar lo central. Los trabajadores podían ser explotados tanto por los nacionales como por los extranjeros, a veces hasta más por los nacionales. Me faltó decir que la corriente historiográfica del movimiento obrero contra la cual luchamos hasta cierto punto era una derivación de la Dependencia, que tampoco simpatizó con nosotros.

Juan Carlos: Tienes dos trabajos “Un paradigma para el análisis de la clase obrera” y “La formación socioeconómica neoliberal” en donde tratas de vincular los estudios laborales con el modelo de desarrollo.

Enrique: Mira, yo he cultivado, desde que inicié procesos de investigación, tres líneas de reflexión, una es la línea laboral, a veces han sido estudios de sindicatos, a veces procesos productivos, otras, relaciones laborales, y hasta de mercado de trabajo. La otra ha sido en Teoría Social. ¿De dónde he partido? De Marx, luego el Marxismo Occidental, Gramsci, Frankfurt, la Escuela Inglesa de E.P. Thompson, y desde que

renegué del marxismo stalinista he pensado que el Marxismo nunca ha sido autosuficiente, que hay temáticas que nunca desarrolló y entonces tengo que mirar hacia otras perspectivas, no en un sentido ecléctico sino buscando complementariedades. Las complementariedades me parece que pueden, en ocasiones, ser posibles entre Teorías, siempre y que estemos conscientes de los fundamentos de cada una y no reducir al pegado de conceptos. La otra condición ha sido una concepción de Teoría que contrasta con la del Positivismo – sistema de hipótesis relacionadas entre sí en forma deductiva –, sino como configuraciones que aceptan relaciones duras y blandas, contradicciones y discontinuidades. La tercera línea ha sido de tipo epistemológica y metodológica. En esta también partí de Marx, mis primeras reflexiones metodológicas están en un libro que se llamó “El método del concreto-abstracto-concreto”, fueron reflexiones acerca del método de la economía política y había mucho escrito en ese momento. Pero, ¿hacia a dónde lo traté de llevar? Hacia una confrontación con el método hipotético deductivo que era predominante en la Metodología. En este camino pensé que era insuficiente basarse en el método de la Economía Política, al cambiar de tipo de objeto diferente al de la Economía Política. Fue un paso adelante en este aspecto mi relación con Hugo Zemelman, chileno que fue mi profesor en el Colegio de México y que tenía preocupaciones algo parecidas, que ha escrito muchos libros pero, en particular, uno que se llama “Horizontes de la razón” donde trató de ir más allá del método de la Economía Política haciendo toda una serie de propuestas. Yo fui su alumno formal, y después continué seminarios libres con él, en grupos pequeños. En cierto momento traté de juntar la discusión epistemológica con la reflexión teórica, que empezó como una crítica al Estructuralismo, es decir, a la idea de que las estructuras determinan acciones y conciencias. Era parte del contexto de los ochenta, sin embargo una parte importante de la nueva teoría social de esos años había transitado hacia un subjetivismo muy extremo en donde la realidad quedaba reducida a cómo la conciben los sujetos. Por ejemplo, acabamos de tener una discusión fuerte en el postgrado, porque allí hay también representantes de ese subjetivismo para los cuales para decidir si la actividad sexual de hombres o mujeres a cambio de dinero era trabajo o no trabajo, ellos lo reducían a cuál es la opinión de los sexo-trabajadores y sexo-servidora acerca de su actividad y resultaba con que ella decía “sí, yo trabajo de sexo-servidora” y él decía “no, yo no trabajo, yo juego”.

Consuelo: Es un cotorreo.

Enrique: No, se lo toman muy en serio, porque parten de que entre subjetividad y supuesto mundo externo siempre hay una mediación lingüística, es decir, nunca podemos percibir al objeto tal cual es, de tal manera que de lo único que podemos estar seguros es de nuestros propios pensamientos. Por eso digo que es un subjetivismo. A nosotros nos parece más o menos normal criticarlo, pero hay corrientes, sobre todo en Francia, muy fuertes que están en eso, especialmente el nuevo Castoriadis, no aquel que me gustó cuando era Marxista. En esa lucha hemos reivindicado que sí hay estructuras, pero no en una visión estructuralista, donde la estructura determina todo, sino como dice Edward Thompson, las estructuras lo que hacen es delimitar posibilidades. Pero esto no quiere decir que el sujeto pueda hacer cualquier cosa en la coyuntura, aunque tampoco está totalmente determinado tiene cierto margen de decisión. Y hubo que entrarle al tema complicado de la subjetividad. Complicado porque había muchos insumos, psicológicos, sociales, antropológicos, de sociología cultural, de teorías del discurso, una complejidad enorme, entonces ¿cómo entrarle a este tema y cómo entrarle al problema de cómo se construyen los significados, y luego cómo estos se vinculan con las prácticas? Esto también ha sido parte de la reflexión que se le ha tratado de añadir a aquello que venía de la Economía Política, de Zemelman, pero en esta parte ya no era Zemelman, y menos al tratar de llevar la reflexión a procesos de investigación concreta.

José Ricardo: Si tú tuvieras que definirte teóricamente, ¿cómo te definirías?

Enrique: Como un marxista revisionista, lo digo en parte como broma, porque como decían en mala manera los Leninistas, un revisionista era de lo peor, porque era un renegado. Lo uso en un sentido de que parto de un punto de vista marxista – realidad en constante transformación, leyes históricas, la contradicción en la realidad, la realidad como relación sujeto-objeto. Aunque sí yo considero que frente a la realidad hay algo de Marx que no funciona bien, no tengo reparo en modificarlo, aunque creo que se mantienen muchas cuestiones válidas al momento; segunda consideración, que hay en ese pensamiento muchas obscuridades, consecuencias sobre todo del Marxismo ortodoxo que lo convirtió en una religión y que en lugar de desarrollarlo creyó que ya estaba todo contenido como en la biblia, simplemente había que sistematizarlo. Es el caso de la subjetividad, que los marxistas ortodoxos asimilan a subjetivismo, pero se trata de una parte de la realidad que puede ser abordada analíticamente, de tal manera que nuestra fórmula teórica ha sido buscar

las relaciones entre estructuras-subjetividades como procesos de construcción de significados y acciones.

Esta es una línea de reflexión que traemos desde los inicios de nuestra actividad, que al inicio no supimos cómo abordar analíticamente y las investigaciones sobre reestructuración de los ochenta y primera mitad de los noventa resultaron muy estructurales sin incorporar plenamente a los sujetos. Sin embargo, los nuevos estudios laborales que iniciaron centrados en la reestructuración, desde mediados de los noventa viraron hacia la inclusión de la subjetividad y la cultura en el proceso de cómo los sujetos deciden la acción.

José Ricardo: Tu reflexión acerca del pesimismo de los académicos y estudiantes con respecto de los sindicatos tiene que ver con las condiciones de México.

Enrique: Sí, sí está muy vinculado, porque creo que América del Sur ha tenido otra suerte desde inicios de este siglo, que con todo y las críticas que se pudieran hacer a los gobiernos de izquierda en América Latina, han abierto ventanas de esperanza a la reflexión crítica. Tal vez los más semejantes a México fueran en primer lugar Colombia y hasta hace pocos años Chile.

Porque la asfixia neoliberal en el último tipo de países no se reduce a que no te den dinero para investigar, la gente como quiera encuentra la manera, no se reduce a que alguien te prohíba un tema, nadie te prohíbe realmente investigar ciertos temas, no, sino a los cambios de estado de ánimo de los grupos académicos, que en 15 años han sido muy fuertes en México. Yo decía que en los 70 en México, tal vez la mayoría de los académicos intelectuales eran de izquierda y la mayoría, más o menos marxistas. Ahora el Marxismo, aunque no podamos decir que está muerto, está en uno de sus peores momentos históricos. Hay gran cantidad de académicos y políticos que fueron de izquierda, que cambiaron con el neoliberalismo. El ambiente se volvió muy asfixiante, también en el sentido de legitimidad, es decir, en muchas universidades la teoría marxista es cosa del pasado, ya no importa, ya estamos en otra época, lo que hay que investigar pues es innovación y no investigar trabajo. Esto es un punto muy importante, algunos de los académicos más importantes que estudiaban trabajo, en algún momento dijeron “el trabajo ya no nos interesa y menos los sindicatos, pero sí nos interesan las empresas y los procesos de innovación” y en ese tema, ahora, hay una cantidad importante de académicos. En donde el interés por el trabajo está substituido por la innovación tecnológica, la organizacional, la formación de clúster. Pero los tra-

bajadores no son de su interés. Todavía quedamos algunos, con otras preocupaciones – control del trabajo, poder, dominación, explotación, autonomía –, pero ya hace 10-12 años que causan cierto malestar a no pocos académicos, estos temas. ¿Quiénes son los autores de moda? Gereffi, ese es el plato fuerte, el neo-institucionalismo.

A otra parte de los desinteresados en el Trabajo, nosotros les pusimos para-postmodernos, “para” en español quiere decir que se aproxima a la postmodernidad. Estos sociólogos, antropólogos, que no les interesa la innovación coincidieron con las tesis de Bauman de la fragmentación. Ya no hay posibilidad de identidades sólidas, estamos totalmente fragmentados, ¿Cuál es el gran tema a investigar? Demostrar que todo el mundo está fragmentado, especialmente los trabajadores y en específico los de los nuevos trabajos, que he preferido llamar trabajo no clásico. Para estos académicos ya no hay posibilidad de que se formen sujetos importantes. De ahí, que uno de los debates nuestros, de los últimos años, ha sido contra este tipo de postmodernidad, especialmente con Bauman y Senett. Por eso nuestra última investigación empírica fue sobre la identidad de ocupaciones informales. Demostramos que si la hay, los supuestos de Bauman son falsos. Pero no basta con ese tipo de iniciativas, porque hay un ambiente no sólo teórico, sino que descansa en otro, social, económico, político en este país, que condiciona, aunque no determine. Porque, sino, yo también sería posmoderno o de la innovación.

Consuelo: ¿Hay más plata para esa investigación?

Enrique: Sí, pero esa no es la causa principal. Yo diría que de hecho nunca funcionamos con mucho dinero, sino que había mucho entusiasmo. El entusiasmo en la academia mexicana, por ejemplo, por apoyar a los sindicatos obreros, está en su mínimo. ¿Cuáles son los más exitosos en términos de poderes dominantes? Los de innovación, es decir, muchos de los colegas nuestros que fundaron y desarrollaron los nuevos estudios laborales, que fundaron ALAST y AMET, cuando escriben un artículo no tiene que ver con el trabajo, porque no les interesa. Esto se complementa con la seducción, hay más apoyo económico para innovación; empresarios y gobiernos los consienten, los invitan a todos lados. Por otro lado, están las corrientes emparentadas con la postmodernidad (Bauman, Senett, Castoriadis) que han irrumpido con cierta fuerza desde la segunda mitad de los noventa en torno de la fragmentación de identidades y la reducción de la realidad social a los imaginarios. Este espíritu se ha transmitido a los estudiantes de nuestro postgrado, y la lucha teórico-ideológica ha estado presente los últimos años en él. Fue una pelea

dura al interior del postgrado, los estudiantes jalaban para acá, jalaban para allá, los profesores también y a veces derivó en violencia simbólica. Sin embargo, creo que salimos adelante. En el caso de AMET el debate es entre los de innovación y los de trabajo.

Juan Carlos: Marcia Leite escribió en el Tratado de Sociología del Trabajo que uno de los principales aportes de la sociología del trabajo latinoamericana era el concepto de configuración sociotécnica, te preguntaba cuáles son los mayores aportes de la sociología del trabajo latinoamericano.

Enrique: Sinceramente ya no lo recordaba, pero le doy a Marcia las gracias por esta apreciación. En nuestras exploraciones conceptuales nos encontramos con el concepto de configuración – Adorno, Benjamin, Lukács, Habermas, Luhmann –, aunque nos pareció ambiguamente definido, entramos por el concepto estándar de teoría de los positivistas, un edificio de perfecta arquitectura hipotética deductiva, frente a esto pasamos por el concepto de perfil epistemológico de Bachelard y las críticas de los posestructuralistas a dicho concepto de teoría. Entonces recurrimos al de configuración tratando de precisarlo, en una configuración se admitirían relaciones duras – causales, funcionales, deductivas –, junto a otras laxas – relaciones del sentido común como hipergeneralizaciones, reglas prácticas, indexalidad, principio, retórica, etcétera. La configuración aceptaría vínculos, pero también contradicciones, discontinuidades y obscuridades. De la Teoría como configuración a las configuraciones de relaciones sociales y de niveles estructurales se llegó a proponer que no hay sistemas o modelos sino configuraciones, en particular, en lugar de modelo de producción, configuración sociotécnica de los procesos productivos.

Acerca de los aportes de la Sociología Latinoamérica, el primero fue la ruptura con límites disciplinarios. Cuando se adoptaron teorías de la reestructuración como el regulacionismo no se siguió la línea europea de delimitar Sociología del Trabajo de Economía. En este camino, que tenía detrás al concepto marxista de Totalidad, no hubo titubeos en utilizar conceptos de la Ciencia Política, especialmente el de corporativismo para analizar las relaciones entre Estado y sindicatos, como también incorporar teorías de las organizaciones o de la cultura. Es decir, no es sólo la transdisciplinariedad, sino el mirar al fenómeno laboral como una Totalidad y con una mirada hacia las Teorías Sociales en su sentido más amplio. Los mejores sociólogos del trabajo en la región son estudiosos de la Teoría Social, lo que da una ventaja frente a la ultraespecialización en los

países desarrollados. Creo que en ese camino fue posible una teorización nueva sobre corporativismo y una revisión de fondo del concepto regulacionista de modelo de producción, hasta los intentos de acuñar conceptos ampliados de trabajo.

Marcela: ¿Cuáles otras discusiones amplias se introdujeron?

Enrique: En México desde los años cuarenta del siglo XX hubo un número importante de investigaciones sobre corporativismo. En la tónica de las relaciones de los sindicatos con el Estado, vinculada con los que estudiaban movimiento obrero, era un movimiento que luchaba contra la dependencia del Estado, en esta tónica hubo trabajos interesantes, que se escribieron antes que Schmitter. Después llegó Schmitter y se enriqueció la discusión, pero un número importante de académicos que escribieron sobre corporativismo, para los años noventa, pensaron que el corporativismo había muerto, porque era incompatible con el neoliberalismo. El neoliberalismo sería el libre mercado, en particular de trabajo, y la corporación sería monopolista, por lo tanto, no podía ser compatible con ese libre mercado.

Marcela: No sería funcional.

Enrique: No sería funcional, y los propios estados acabarían con el corporativismo que sería un tema histórico que ya no valía la pena estudiar más. Sin embargo, como en esa época nosotros hicimos la investigación de telefonistas, que era un caso muy interesante de corporativismo en el que el sindicato de telefonistas logró acoplarse con el nuevo modelo económico y de empresa, no se confrontó con estos. El sindicato logró negociar la reestructuración, cosa no tan común en México y un sistema de bonos favorable para los trabajadores, la flexibilidad del salario, así como participar en decisiones del cambio tecnológico. Toda una experiencia súper interesante, pero al mismo tiempo el gobierno planteó que ese era el modelo del sindicalismo del modelo económico neoliberal y por lo tanto se ajustaba muy bien a lo que los japoneses llamaron ya hacia los noventa del siglo XX un corporativismo de empresa, es decir, que entra en alianza con la empresa y obtiene ventajas mutuas, y eso sucedió. Además llamaba al gobierno a que los sindicatos fueran por ese camino, no a que ya no existieran o a que no se les tomara en cuenta sino, en las palabras exactas presidenciales, a una nueva alianza entre empresa, sindicato y Estado, no la alianza política antigua entre Estado y sindicatos, sino la alianza por la producción y la productividad, y el ejemplo vivo aquí eran los telefonistas. Este análisis lo presentamos en Cornell, Harry Katz nos invitó y el planteamiento era: sí puede haber compatibilidad en-

tre cierta forma de corporativismo con neoliberalismo, los gringos no lo aceptaban porque estaban en la idea de que eran incompatibles, es decir, tenía que haber libre mercado de trabajo y el sindicato era un monopolista de la mano de obra que imponía condiciones laborales por encima del mercado, de ahí surgió la tesis de corporativismo de la producción.

En el siglo XXI cuando los europeos plantearon lo de la diversidad de capitalismo, pues encajó perfectamente porque en esa diversidad de capitalismo también había posibilidad de que el corporativismo no hubiera muerto totalmente en Europa y siguiera con pactos parciales. De allí desprendió toda una teorización muy interesante acerca de la diversidad de corporativismos que ya se había planteado en los noventa.

Para sintetizar, los nuevos estudios laborales empezaron centrados en la reestructuración productiva y su concepto central fue el de modelos de producción – que nosotros tratamos de transformar en configuración sociotécnica de los procesos productivos. Estos estudios en parte han derivado en los actuales sobre innovación con un olvido del Trabajo. Por otro lado, la llegada de Bauman a América Latina puso a la orden del día el tema de identidad y trabajo, en este camino hubo que profundizar en la relación identidad-subjetividad y cultura. Ver a la identidad como un significado que se podía dar en determinadas interacciones y estructuras. A la subjetividad como proceso de construcción de significados a partir de códigos de la cultura, pero para formar configuraciones subjetivas para dar significado a la situación concreta. Especificar que esos códigos para construcción de significados pueden ser cognitivos, morales, emocionales, estéticos, con intervención de formas de razonamiento cotidiano, es decir, la necesidad de entrar a las complicaciones de las teorías sociales clásicas y actuales. Este fue el camino para llegar al concepto de trabajo no clásico –interactivo, de generación de significados subjetivos o bien objetivados – y con esto al concepto ampliado de Trabajo, puerta de entrada al análisis empírico de trabajos en la vía pública, de producción de puros símbolos o interactivo. Creo que la entrada a esta temática, que nos ha ocupado los últimos 4 años, puede tener gran potencial, en especial en una región en la que el llamado trabajo informal es muchas veces la mayoría. Esta extensión de los estudios de procesos de trabajo a las actividades no clásicas abre nuevamente la pregunta del inicio de los nuevos estudios laborales acerca de la constitución de nuevos sujetos del trabajo.

El Trabajo, a diferencia de las teorías de los noventa que proclamaban su extinción, al menos como eje de relaciones sociales, no ha ter-

minado, se ha transformado, los sujetos de la substitución de importaciones ya no existen y el tema de estudio acerca de la constitución de nuevos sujetos, con subjetividades, situados en determinadas estructuras, se pone a la orden del día, especialmente cuando el neoliberalismo está dando muestras de agotamiento y es necesaria la construcción de alternativas que no pueden ser exitosas si permanecen solo en el plano intelectual sin sujetos colectivos amplios que las soporten.